

Alianza Universidad

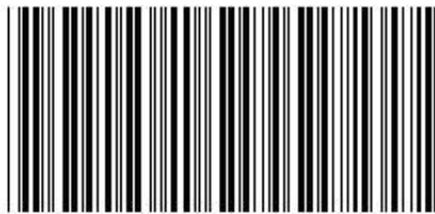
CP00173-81 ULT.
Adam Przeworski

15 copias.

Capitalismo y
socialdemocracia

Taller D

11



053601011

rollo capitalista.

Versión española de
Consuelo Vázquez de Parga

Facultad de Ciencias Sociales
Depto. de Ciencia Política
Biblioteca

Alianza
Editorial

LA FORMA DEL COMPROMISO DE CLASE

Hasta el momento no hemos hecho más que definir el problema. La cuestión ahora es si, bajo el capitalismo, se dan realmente condiciones para el compromiso de clase. Esta cuestión encierra dos preguntas diferentes, la de si los trabajadores pueden realmente mejorar su bienestar cooperando con los capitalistas, y la de si un paso hacia el socialismo implica necesariamente un temporal deterioro del bienestar de los trabajadores. Antes de contestar, no obstante, es necesario comprender cómo será el compromiso de clase bajo el capitalismo.

En una sociedad capitalista los beneficios son condición necesaria para la inversión, y la inversión es condición necesaria para la continuidad de la producción, el consumo y el empleo. Como dice el ex canciller de la República Federal Alemana, Helmut Schmidt, «los beneficios de las empresas de hoy son las inversiones de mañana, y las inversiones de mañana son el empleo de pasado mañana», y donde dijo empleo igualmente habría podido decir producción o consumo (*Le Monde*, 6 de julio, 1976, pág. 5). En cualquier sociedad una parte del producto tiene que retirarse del consumo actual para que pueda continuar la producción y aumentarse el consumo, pero el carácter distintivo del capitalismo es que la mayor parte de la inversión sale de los beneficios, o sea de la parte del producto que es sustraída a los productores inmediatos. De aquí que, bajo el capitalismo, los beneficios privados sean condición necesaria para la mejoría de la situación material de todos los grupos sociales. Si los capitalistas no se apropian de los beneficios, el stock de capital disminuye, la producción cae, y con ella caen también el empleo y el consumo. De hecho es así como los capitalistas justifican cada vez más la propia institución de los beneficios, como ilustra el siguiente anuncio pagado de la Mobil Oil Company:

«Las ganancias han de elevarse a niveles que estén sustancialmente por encima de los de años anteriores si nuestro país no quiere verse en problemas aún más profundos. [Si esto no ocurre] todos los grupos empezarán a luchar para conseguir un trozo mayor de ese estático pastel. Las mujeres, los negros y otros movimientos raciales, los jóvenes de todo origen serán los más dañados. A los licenciados de las universidades se les hará todavía más difícil la lucha por el puesto de trabajo. Cada vez en mayor número se verán obligados a aceptar trabajos por debajo de su escala salarial. Tanto las minorías como el resto se verán cada vez más oprimidos. El crecimiento económico es la última y mejor esperanza tanto para los pobres como para todos los demás. La mera redistribución de la renta no basta. Hemos de ir creando un pastel cada vez mayor, y esto sólo se puede hacer por medio del crecimiento económico, y sólo los negocios privados rentables pueden hacer las inversiones de capital que producen crecimiento económico, puestos de

trabajo y beneficios.» (*New York Times*, 6 de mayo de 1976, pág. 17). Esta dependencia de la acumulación sobre los beneficios puede describirse formalmente de muchas maneras, entre las que elegiré un modelo macroeconómico extraordinariamente sencillo:

$$Y(t+1) = (1 + s/c)P(t) + W(t) \quad (1)$$

en que $Y(t)$ representa el producto nacional neto, $P(t)$ los beneficios netos, $W(t)$ los salarios, s la tasa de ahorro sobre los beneficios, y c la relación capital/producción, y en que la tasa de ahorro sobre los salarios se da por hecho que es prácticamente nula. En cualquier momento, t , la parte s de los beneficios $P(t)$ es ahorrada e invertida en una economía en que son necesarias c unidades de capital para producir una unidad de producción. La tasa de crecimiento de esa economía depende de la tasa de beneficios y de la de ahorro sobre los beneficios:

$$\Delta Y(t)/Y(t) = sP(t)/cY(t) = sP(t)/K(t) = sp(t) \quad (2)$$

en que $\Delta Y(t)$ representa el aumento del producto entre un tiempo t y otro ($t+1$), $K(t) = cY(t)$, el stock de capital acumulado, y $p(t) = P(t)/K(t)$, la tasa de beneficios. De aquí que la tasa de ahorro, s , caracterice la conducta de los capitalistas, ya que, dada la tasa de beneficios del producto nacional, sus decisiones de invertir y por tanto ahorrar determinan la tasa de crecimiento de la economía.

Si bien los beneficios son condición necesaria para el desarrollo, no son condición suficiente para la mejora de la situación material de ningún grupo determinado. Primero, los capitalistas pueden no invertir los beneficios para aumentar la productividad: a pesar de las presiones pueden muy bien consumir los beneficios, invertirlos improductivamente, guardárselos, o exportarlos. Segundo, aun en el caso de que los inviertan para aumentar la productividad, ningún grupo determinado puede estar seguro de que va a ser beneficiario de esa inversión. Los propios capitalistas pueden retener ese incremento, o pueden entrar en toda una serie de diferentes alianzas políticas. Su relación de mercado con los trabajadores termina una vez completado el ciclo de producción y pagados los salarios, y no hay nada en la estructura del sistema de producción capitalista que garantice a los obreros que se vayan a beneficiar de alguna manera de esa parte del producto que se les retiene en forma de beneficios.

Estas condiciones estructurales limitan cualquier compromiso entre capitalistas y trabajadores. Puesto que la apropiación de los beneficios es una condición necesaria pero no suficiente para cualquier mejora del bienestar material de los obreros, el compromiso de clase sólo es posible con la condición de que los obreros tengan una certeza razonable

de que los futuros salarios aumentarán como función de los beneficios actuales. Cualquier compromiso habrá de tener la siguiente forma: los trabajadores consienten la perpetuación de los beneficios como institución a cambio de la perspectiva de mejorar su bienestar material en el futuro. Sobre la base de este compromiso los capitalistas retienen su posibilidad de apropiarse parte del producto porque los beneficios de que se apropian se espera que los ahorren, los inviertan, los transformen en potencial de producción, y una parte les sea entregada como ganancias a los obreros.

La lógica general de esta cooperación no siempre se explica con claridad. De hecho, durante el primer período de desarrollo de los movimientos de clase este compromiso sólo se basaba en el derecho de asociación, de negociación de convenios colectivos, y de huelga de los trabajadores. Posteriormente aparecieron normas explícitas que relacionaban los salarios con los precios, con la posición de competitividad de la industria dentro del sistema internacional y, sobre todo durante el período expansionista que va de 1950 a 1970, con los aumentos de la productividad. No obstante, sea cual fuere la norma explícita subyacente en un determinado «pacto social», la lógica de cooperación tiene que relacionar los salarios futuros con los beneficios actuales. La única razón concebible por la que los obreros puedan consentir voluntariamente no reclamar la totalidad del producto social es tratar los beneficios actuales como una forma de inversión «por delegación» de los trabajadores.

De aquí que el compromiso de clase haya de basarse en alguna norma del tipo de:

$$\Delta \hat{W}(t) = F[P(t-i)], \quad i = 0, 1, \dots, k, \dots$$

en que $\Delta W(t)$ representa el incremento de los salarios entre un tiempo t y otro $(t+1)$, establecido en un determinado convenio, $P(t-i)$ la historia de los beneficios, y F la regla que relaciona los beneficios anteriores con los aumentos salariales actuales convenidos en un determinado convenio. Por mor de la simplicidad, y sin que adolezca demasiado la generalización, simplifiquemos la regla en la forma:

$$\Delta W(t) = rP(t). \quad (3)$$

El coeficiente r representa, pues, la parte de los beneficios actuales que han de transformarse inmediatamente en aumentos salariales a la luz de un determinado convenio.

Téngase en cuenta que el compromiso sólo es posible con la condición de que $0 < r < (1 + s/c)$. Evidentemente, r ha de ser mayor que 0 si se quiere que esta regla tenga significado. Puede no ser tan evi-

dente que tenga que ser menor que $(1 + s/c)$ en vez de simplemente 1 para que el compromiso sea tolerable para los capitalistas. Si $r = 1$, en el tiempo $(t+1)$ los capitalistas pagarían como aumento salarial todos los beneficios apropiados en el tiempo t . Pero, mientras tanto habrían invertido esos beneficios con una tasa marginal de rédito s/c , y tras un período seguirían teniendo la cantidad $(s/c)P(t)$. De aquí que sólo cuando $r = 1 + s/c$ se confiscan todos los beneficios en el tiempo $(t+1)$. Este nivel de r es, pues, inmediatamente «confiscatorio» respecto de los beneficios actuales reinvertidos, aunque sigue dejando en manos de los capitalistas el stock de capital acumulado.

El coeficiente r indica el índice de transformación de los beneficios en aumentos salariales en el que los trabajadores entran en un determinado compromiso. Este coeficiente puede interpretarse, pues, como representación de la militancia económica de los asalariados organizados.

Pero el acuerdo sobre el índice de transformación de beneficios en aumentos salariales sería demasiado débil desde el punto de vista de los obreros porque deja abierta la cuestión de si los capitalistas ahorrarán e invertirán suficiente para hacer posible tal aumento. La queja constante de los movimientos obreros es que los capitalistas son o demasiado perezosos o demasiado ineficientes para que se les confíe el control sobre la inversión. Ya en 1910, un socialista francés observaba la «timidez», «inseguridad», y «falta de iniciativa» de los capitalistas. Y continuaba: «Pedimos a los empresarios franceses que se parezcan a la clase empresarial estadounidense... Queremos un país ocupado, activo, lleno de movimiento, una verdadera colmena siempre despierta. Sólo así aumentará nuestra propia fuerza» (Griffuelhes, 1910: 331). Y de nuevo, en 1975, Chiaramonte se quejaba en un informe oficial al Comité Central del Partido Comunista Italiano (PCI) sobre la «desconcertante falta de ideas acerca del futuro económico e industrial del país y de las perspectivas de producción de sus propias industrias [capitalistas]. Siguen adhiriendo a las líneas de política de producción, técnica y organizativa adoptadas hace varias décadas...» (1973: 31).

La inversión no puede quedar bajo el control de los capitalistas: ésta es la segunda condición de un compromiso completo. Mientras en los estadios tempranos de desarrollo de las relaciones capital-mano de obra el conflicto se centraba estrictamente en el derecho a la huelga como recurso para conseguir aumentos salariales, el rasgo esencial del compromiso socialdemócrata y keynesiano ha sido la atención de las organizaciones obreras a la inversión real de los beneficios. Anunciada la política de austeridad, habiendo repetido que el PCI «no quiere empeorar la situación, o agravar la crisis», Chiaramonte prosigue, «lo que no quiere decir en absoluto que pensemos que sea suficiente limitar las peticiones de aumento de sueldo y de un mayor control de los trabajado-

res sobre las condiciones de trabajo a la obtención automática de un aumento de las inversiones y la reconversión» (Chiaramonte, 1975: 34). Lo que exige el PCI a cambio de la «austeridad» es el control sobre las inversiones. O como la Conferencia de la Confederación Sindical Irlandesa decía en 1973, «todos los trabajadores han de tener la garantía de que el límite salarial ha de conducir a inversiones productivas y rentables y no hacia aumentos todavía mayores de la renta personal del sector privilegiado de la sociedad...» (Jacobsen, 1980: 268).

Dada la incertidumbre de si y cómo van a invertir los capitalistas sus beneficios, cualquier compromiso de clase tiene que estar formado por los siguientes elementos: consentimiento del beneficio como institución por parte de los obreros, es decir, que se comporten de tal manera que hagan posibles altas tasas de beneficios; y compromiso por parte de los capitalistas para mantener un índice de transformación de los beneficios en aumentos salariales y una determinada tasa de inversión a partir de esos beneficios.

CONDICIONES DEL COMPROMISO DE CLASE

Hasta aquí no hemos hecho más que especificar cómo sería el compromiso de clase. Ahora podemos pasar al tema principal de este capítulo, a saber, si los trabajadores organizados en lucha por sus intereses materiales optarían por ese tipo de compromiso o decidirían luchar por la transformación del sistema de producción.

¿Cómo tomarían esta decisión los trabajadores organizados? Hay dos cosas a tener en cuenta: los salarios que esperan obtener en el futuro si se mantiene el compromiso y el riesgo de que no se cumpla el compromiso. Supongamos, en primer lugar, que los salarios siguen el ritmo estipulado en el compromiso, es decir, $W(t) = \hat{W}(t)$ para todo $T < t < T + h$, en que h es el horizonte con que los trabajadores consideran el futuro. Si los capitalistas invierten con un índice s en una economía caracterizada por la productividad del capital $1/c$, el período de tiempo de los salarios de compromiso dependerá de la relación entre r y s/c . Recordemos que

$$\Delta Y(t) = \Delta P(t) + \Delta W(t) = (s/c)P(t) \quad (\text{de } 1)$$

$$\Delta W(t) = \Delta \hat{W}(t) = rP(t) \quad (\text{de } 3)$$

y sacaremos la conclusión de que

$$\Delta P(t) = (s/c - r)P(t) \quad (4)$$

o

$$P(t+1) = (1 + s/c - r)P(t). \quad (5)$$

Tenemos tres posibilidades que considerar (Figura 14)²:

Si los obreros deciden un r de manera que $r < s/c$, los salarios crecerán exponencialmente siguiendo el crecimiento de los beneficios. En este caso diremos que los obreros no son militantes o que ofrecen una restricción salarial.

Si los obreros deciden un r de manera que $s/c < r < (1 + s/c)$, los salarios crecerán rápidamente en un primer momento y luego se estancarán en un punto conforme los beneficios declinan hacia 0. A esta estrategia le llamaremos moderadamente militante.

Si los trabajadores deciden un r de manera que $r > (1 + s/c)$, los obreros serán altamente militantes. Los salarios experimentarán una rápida subida conforme los beneficios netos se hacen rápidamente negativos. Puesto que esta estrategia no puede conducir al compromiso, no hay razón para esperar que los salarios subsiguientes guarden relación alguna con los beneficios. Si lo hicieran, los salarios oscilarían a partir de aquí alrededor de un determinado nivel mientras que los beneficios oscilarían alrededor del 0.

Una forma de revisar estas consecuencias de las estrategias obreras es observar que los trabajadores no militantes estarían mejor después de un tiempo b_2 , aproximadamente una generación si medimos el tiempo en años; los moderadamente militantes estarían mejor durante el período comprendido entre b_1 y b_2 ; y los altamente militantes estarían mejor durante el período inicial hasta b_1 . Los valores de b_1 y b_2 dependen de la relación entre r y s/c . El período b_1 puede ser de tan sólo dos años, mientras que el b_2 puede llegar a los treinta años.

Al considerar los efectos de sus acciones, los obreros no pueden saber con seguridad, sin embargo, que se vaya a mantener el compromiso: Así pues, su decisión ha de depender de la probabilidad de que los capitalistas cumplan las condiciones del acuerdo en caso de que se llegara a él. Como quiera que el futuro cada vez se hace menos predecible conforme más lejos en él se mira, los salarios que los trabajadores habrán de obtener en cada momento del futuro pesarán cada vez menos en la decisión de los trabajadores, conforme más se adentren en el futuro. De aquí que dé por hecho que aun cuando los trabajadores valoraran los aumentos salariales lo mismo independientemente de la mag-

² La ecuación (5) es una ecuación diferencial lineal de primer orden de la forma $Y(t+1) = aY(t)$, con la solución $Y(t) = a^t Y(0)$. Para cualquier $Y(0) > 0$, $Y(t)$ será una función de tiempo monótonamente creciente si $a > 1$; decrecerá monótonamente hasta 0 si $0 < a < 1$; oscilará alrededor de 0 si $a < 0$ (Goldberg, 1973).

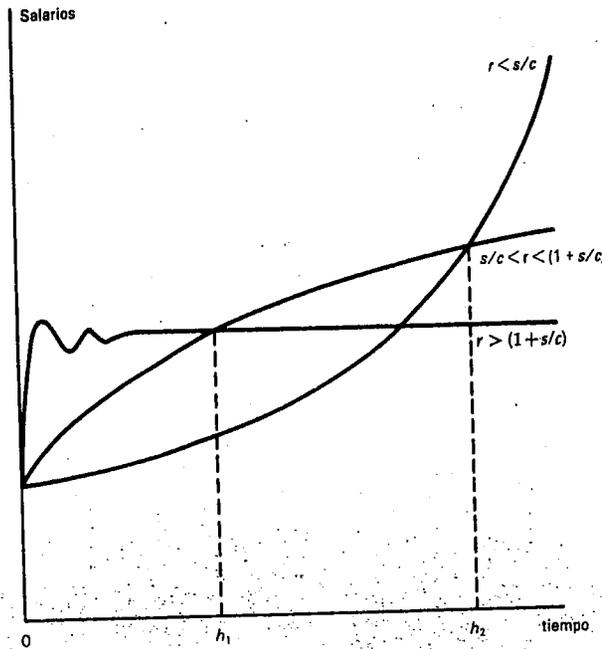


Fig. 14.

itud de sus salarios actuales y fueran indiferentes respecto a consumir hasta un determinado punto hoy y hasta otro en el futuro; descontarían sin duda el futuro por mor de la seguridad.

Puesto que doy por sentado más abajo que los capitalistas también descuentan su bienestar futuro al no tener seguridad, podemos tratar similarmente los determinantes de riesgo con que se enfrenta cada clase. El riesgo está asociado con la situación política y económica del momento en que se toma la decisión, a saber:

1) Grado del monopolio bilateral. Excepto en el caso en que los obreros estén organizados monopolísticamente, no podrán estar seguros de que determinados grupos de entre ellos no firmen sus propios acuerdos con sus respectivos patronos a costa de otros trabajadores. Dado que los capitalistas no pueden evitar totalmente el competir entre sí, cada empresa se enfrenta al peligro de que otras compañías busquen su beneficio a costa del acuerdo.

2) Institucionalización de las relaciones mano de obra-capital y probabilidad de que el Estado obligue al acuerdo. La cuestión es a quién podrá y a quién querrá obligar el Estado para prevenir desviaciones del

convenio, ¿a los capitalistas, a los trabajadores, o a ambos? El control del partido sobre el Estado y las perspectivas electorales serán importantes para la valoración del riesgo.

3) Los riesgos normales inherentes a la inversión debidos a las fluctuaciones económicas internas e internacionales, la competencia en el interior y el exterior, los cambios técnicos y otros factores económicos.

Además, el grado de riesgo que afrontan los capitalistas al invertir depende en parte de la rigidez de sus acuerdos salariales. Si los salarios son altamente rígidos, los capitalistas se encontrarán sólo ante el riesgo inherente a toda inversión. Si el paquete salarial puede reducirse muy por debajo de las condiciones del acuerdo cuando los tiempos son malos, la mayor parte del riesgo la soportarán los obreros. En cierto grado, pues, la incertidumbre a que se enfrentan los capitalistas es inversamente proporcional a la de los trabajadores.

Supongamos que $a, a > 0$, es la proporción con que los trabajadores dejan de confiar en el futuro por su grado de incertidumbre. Cuanto más alto sea a , menos seguro será en $t = 0$ que el acuerdo se cumpla en el futuro y con más rapidez se descontarán los futuros salarios. Dado el nivel salarial de un determinado acuerdo y el grado de certidumbre de los trabajadores, el problema de los obreros será encontrar un nivel de militancia económica que optimice el valor actual de sus futuros salarios, o

$$\max_{r(t)} W^* = \sum_{t=0}^{t=b} (1+a)^{-t} \hat{W}(t), \quad a > 0 \quad (6)$$

donde el ritmo salarial anticipado, $\hat{W}(t)$, está dado por las ecuaciones (3) y (5)³.

Observemos que W^* depende de la militancia de los obreros, r , de su horizonte, b , de su grado de descuento, a , de la productividad del capital, $1/c$, y de la conducta respecto al ahorro de los capitalistas, s . Así pues, $W^* = F(r; b, a, c; s)$. La productividad del capital, el horizonte, y la tasa de descuento están fijados; forman las condiciones objetivas del momento. La conducta de los capitalistas en relación con el ahorro es algo a lo que los trabajadores tienen que ajustarse. La militancia económica es la variable estratégica de los trabajadores, cuyo problema es escoger un r que maximice W^* ante la estrategia inversionista de los capitalistas, representada por s . Supongamos que $r^*(s)$ es la solución

³ Obsérvese que los trabajadores resuelven este problema repetidamente en cada $T, T = 0, 1, \dots$ y debiéramos haber escrito W^*_T como una suma que fuera de $t = T$ a $t = T + b$. Por conveniencia damos por hecho que estamos estudiando una de esas decisiones en $T = 0$.

de la ecuación (6); es decir, el valor de r que maximiza W^* dado que los capitalistas invierten a un ritmo s , cuando b , a y c están dados. Luego $r^*(s)$ es la mejor respuesta estratégica para los trabajadores (Harsanyi, 1977: 102).

Los obreros han de sopesar el valor del aumento salarial inmediato con las posibles ganancias futuras resultantes de una menor militancia económica. Los beneficios apropiados por los capitalistas que están invirtiendo a un ritmo s aumentarán la producción en s/c , o $\Delta Y(t)/P(t) = s/c$. Observemos también que el rédito máximo de la inversión de una unidad de beneficios, cuando todos los beneficios se invierten, está dada por la productividad del capital, $1/c$. Tenemos, pues, el siguiente teorema: Cuando el horizonte es suficientemente amplio, la mejor respuesta de los trabajadores será un nivel de compromiso r si la tasa de descuento, a , es menos que la de rédito s/c . En caso contrario serán altamente militantes. Expuesto formalmente:

Teorema de la mejor respuesta de los trabajadores
Para todo $b > H$, donde H es un número positivo,

$$\begin{aligned} r^*(s) &> (1 + s/c) \text{ si } a > 1/c \text{ para cualquier } s \\ r^*(s) &> (1 + s/c) \text{ si } a > s/c \text{ o } s < ac \\ r^*(s) &< (1 + s/c) \text{ si } a < s/c \text{ o } s > ac \end{aligned}$$

En el caso en que el horizonte fuera infinito, la mejor respuesta está dada por una función bang-bang. Cuando $a > s/c$, la mejor respuesta para los obreros es la militancia máxima. Cuando $a < s/c$, la mejor respuesta será cercana a cero⁴.

¿Qué ocurre cuando b es un número finito? Nuestros experimentos numéricos indican que para $c = 4$, H es aproximadamente igual a 12, es decir que, para $b > 12$, una estrategia maximamente militante será mejor cuando $a > s/c$ y una estrategia de compromiso será mejor cuando $a < s/c$. (Si $b < 12$, la mejor estrategia de respuesta es ser maximamente militante en todos los casos.) Pero para cualquier horizonte finito, esta estrategia no salta súbitamente de una militancia máxima a una militancia cero, sino que para $s > ac$, $r^*(s)$ es una función positiva, monótonamente decreciente y continua. Cuanto más alta sea la tasa de ahorro sobre el producto ac , menor será el nivel de militancia como mejor respuesta obrera.

Una forma de explicar este teorema es que los trabajadores, hoy valorarían igualmente los salarios que esperan recibir en cada año del convenio si para cualquiera dos períodos sucesivos, los salarios crecie-

ran de manera que $W(t+1) = (1+a)W(t)$, o lo que es lo mismo $\Delta W(t) = aW(t)$. Ahora bien, sabemos que si se cumpliera exactamente un convenio el ritmo de los salarios seguiría la regla $\Delta W(t) = rP(t)$ para todo t . De aquí que el valor actual para trabajadores que descuentan el futuro con un índice a de los salarios que obtendrían en cualquier período de un convenio caracterizado por un nivel de militancia r , sería exactamente constante si y sólo si $rP(t) = aW(t)$. El valor presente de los salarios de cada período sería creciente si $rP(t) > aW(t)$; en caso contrario sería decreciente.

Supongamos que $rP(t) = aW(t)$ para todo t . Tomando las diferencias de ambos lados y dividiendo por $P(t)$ da $r\Delta P(t)/P(t) = a\Delta W(t)/P(t)$. Pero $\Delta P(t)/P(t) = (s/c - r)$ y $\Delta W(t)/P(t) = r$. De aquí que el valor actual de los futuros salarios estipulados en un convenio sería constante si $a = (s/c - r)$. Si $a < (s/c - r)$ o $r < (s/c - a)$, irían creciendo a lo largo del tiempo. Si $a > (s/c - r)$ o $r > (s/c - a)$, irían decreciendo.

Ahora bien, si los trabajadores han de beneficiarse algo de los beneficios presentes, r ha de ser positivo. La cuestión, pues, es si existe, bajo las condiciones dadas por s/c y a , un valor positivo r tal que el valor presente de los futuros salarios sea creciente. Tal r existe sólo si $(s/c - a) > 0$, o $s/c > a$. Bajo estas condiciones los trabajadores llegarán a un acuerdo por cualquier $b > 12$. Si el horizonte es suficientemente largo (donde la suficiente largura depende de s/c y a), los obreros optarán por una estrategia de restricción de salarios de manera que $r < (s/c - a)$, dado que el ritmo temporal de salarios descontados, que era creciente, acabaría llegado el momento por estancarse o declinar. Si, por otro lado, $s/c < a$, entonces el valor actual de los salarios futuros decrecería para cualquier r positivo y los trabajadores estarán mejor si son altamente militantes, con aumentos salariales inmediatos lo mayores posible.

El significado intuitivo de este teorema es aparente. Dado que s/c es el índice de crecimiento de la inversión por unidad de beneficio, constituye la tasa máxima a que pueden crecer los salarios bajo un convenio. Si el crecimiento salarial máximo concebible es más bajo que la tasa de descuento de los aumentos salariales, los obreros estarán peor si consienten la apropiación de los beneficios. Pero si la producción crece más deprisa de lo que los trabajadores descuentan el futuro, éstos saldrán mejor parados si eligen una estrategia de compromiso y esperan futuros aumentos salariales.

La Figura 15 nos muestra algunos ejemplos de funciones $W^*(r, s)$ para $b = 30$. El segmento inferior refleja W^* cuando $a > s/c$ y el superior cuando $a < s/c$. Cuando $a > s/c$, W^* es una función de r monótonamente creciente, pero cuando $a < s/c$, W^* tiene un máximo en un nivel de compromiso de militancia.

La Figura 16 presenta la función $r^*(s)$ derivada numéricamente, es

⁴ La prueba de este y otros teoremas puede verse en Przeworski y Wallerstein (1982: 236-7).

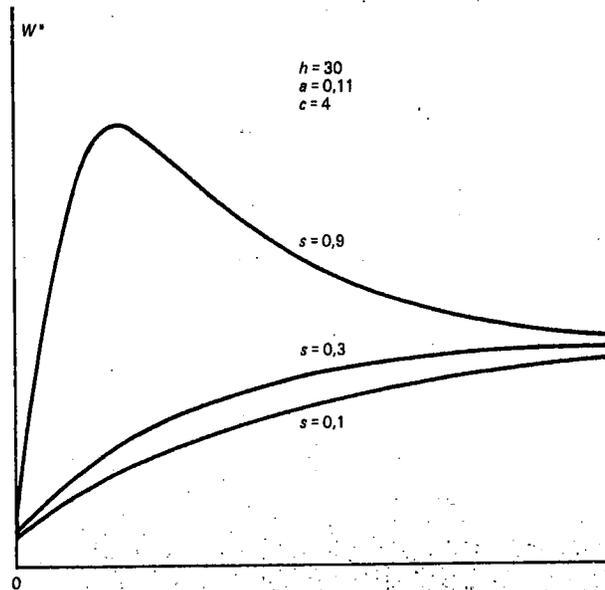


Fig. 15

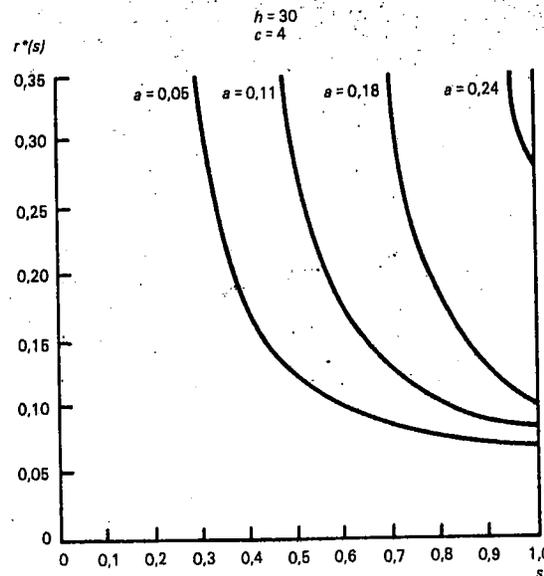


Fig. 16

decir, el nivel de militancia que optimiza W^* dado el riesgo y la conducta de ahorro de los capitalistas. En tanto en cuanto $a > 1/c$, esta función será mayor que $(1 + s/c)$ para todo s . Si damos por hecho que $c = 4$, luego para $a = 0,24$, la tasa de ahorro tendrá que ser de por lo menos 0,96 para que la mejor respuesta de los trabajadores sea un valor de compromiso de r ; para $a = 0,01$, bastará con una tasa de ahorro de 0,04.

Los resultados todavía no constituyen una predicción de la conducta obrera, no obstante, dado que las estrategias que los obreros elijan dependerán de la conducta de los capitalistas. Éstos pueden no tener interés en incrementar su tasa de ahorro hasta los niveles necesarios para que haya compromiso incluso cuando éste sería posible. De hecho, los capitalistas pueden responder a las amenazas de los obreros con otra amenaza: si los trabajadores amenazan con aumentar la militancia, los capitalistas pueden amenazar con bajar la tasa de ahorro. Es esto, pues, lo que falta por investigar.

¿Cuál sería el objetivo de los capitalistas al hacer un acuerdo con los trabajadores? Evidentemente su principal preocupación será la de mantener los beneficios como forma de que una parte del producto sea retirado del consumo actual. No obstante, la defensa de la institución de la propiedad privada no es suficiente, hay que obtener beneficios. Además, parece poco razonable dar por hecho que los capitalistas no son sino «avaros lógicos». En última instancia no sólo les preocupa poder reinvertir los beneficios sino también poder consumirlos. No son simples máquinas de invertir de los trabajadores; tienen sus intereses particulares. Parece razonable, por tanto, dar por hecho que los capitalistas intenten optimizar su consumo, $C(t) = (1 - s)P(t)$, en un período de b años. Además los capitalistas descontarían el consumo futuro de acuerdo con el grado de certidumbre a que se enfrenten.

Si la tasa de descuento para los capitalistas es b , el problema ante el que se encontrarán será el de elegir el valor de la tasa de ahorro que optimice el valor actual de su futuro consumo descontado dado que los trabajadores eligen el nivel de militancia, o

$$\max_r C^* = (1 - s) \sum_{t=0}^{t=b} (1 + b)^{-t} - \hat{P}(t), \quad (7)$$

donde el ritmo anticipado de los beneficios negociados, $\hat{P}(t)$, está dado por (5). La tasa de ahorro, s , es la variable estratégica de los capitalistas y $r^*(r)$ es su mejor respuesta estratégica, es decir, el valor de s que maximiza C^* dado un determinado valor de r , en condiciones dadas por b , b , y c .

La mejor respuesta estratégica de los capitalistas está dada por el siguiente teorema. Cuando su horizonte es suficientemente largo, su

mejor respuesta será invertir siempre y cuando la tasa con que descuenten el futuro sea más baja que los réditos de sus inversiones; en caso contrario estarían desinvirtiendo. Los réditos de la inversión son igual a la productividad del capital o el aumento de producción por unidad de beneficios invertida, $1/c$, menos la parte de esta unidad de beneficio pagada a los trabajadores, r . De aquí que los capitalistas decidirán que les conviene invertir a un porcentaje positivo si y sólo si $b < (1/c - r)$. Expresado formalmente:

Teorema de la mejor respuesta de los capitalistas

Para todo $b > H$, en que H es el mismo número que el teorema de la mejor respuesta de los trabajadores,

$$\begin{aligned} s^*(r) &< 0 \text{ si } b > 1/c \text{ para cualquier } r \\ s^*(r) &< 0 \text{ si } b > (1/c - r) \text{ o } r > (1/c - b), \\ s^*(r) &> 0 \text{ si } b < (1/c - r) \text{ o } r < (1/c - b). \end{aligned}$$

Cuando el horizonte es infinito, la mejor respuesta estratégica de los capitalistas es una función bang-bang, igual a la máxima inversión o la máxima desinversión según que la tasa de descuento de los capitalistas, b , sea menor o mayor que $(1/c - r)$. Para horizontes finitos, la función de mejor respuesta para los capitalistas habrá que derivarla numéricamente. Para $b > 12$ (cuando $c = 4$), $s^*(r)$ es una función continua monótonamente decreciente con $0 < s^*(r) < 1$ cuando $r < (1/c - b)$. Cuanto más se restrinja la militancia obrera por debajo de la cantidad $(1/c - b)$, más alta será la tasa de ahorro de mejor respuesta de los capitalistas.

El significado intuitivo del teorema de la mejor respuesta de los capitalistas puede verse de la siguiente manera. La cantidad $(1/c - r)$ representa la tasa máxima de crecimiento de los beneficios, y por tanto el consumo a partir de los beneficios, dado el nivel de militancia r , estipulado por determinado convenio. Si la tasa máxima de crecimiento de los beneficios concebible es menos que la tasa con que los capitalistas descuentan el futuro, los capitalistas harán mejor en desinvertir. Pero si dicha tasa máxima excede la tasa de descuento de los capitalistas, la estrategia de inversión positiva es óptima.

La Figura 17 muestra algunos ejemplos de funciones $C^*(s, r)$ para $b = 30$, $c = 4$. La Figura 18 muestra el segmento positivo de la función $s^*(r)$ bajo las mismas condiciones.

Hasta el momento hemos estudiado la mejor respuesta de cada clase ante la actuación de la contraria, es decir, la solución al problema de optimización a que se enfrenta una y otra clase cuando su oponente se comporta de determinada manera. La mejor respuesta estratégica es la estrategia óptima si el contrario no está actuando estratégicamente,

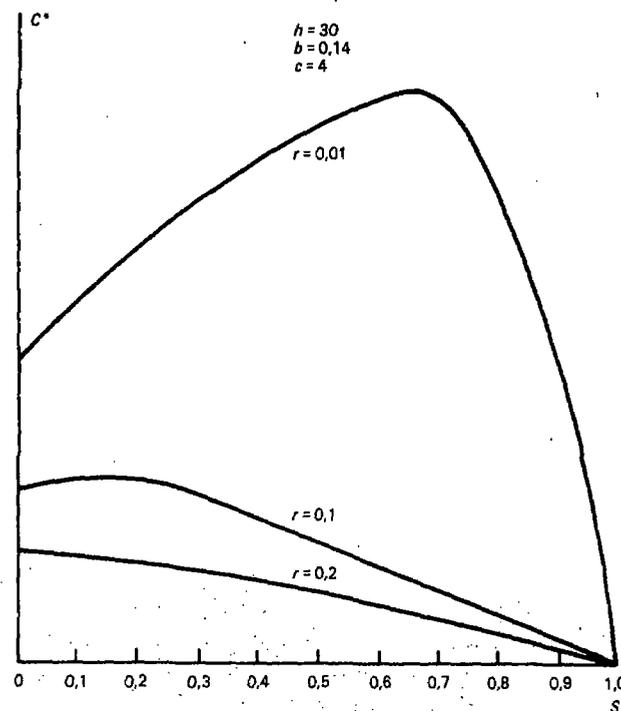


Fig. 17

pero ambas clases actúan sin duda estratégicamente, y es razonable dar por hecho que ambas anticipan que su oponente va a actuar estratégicamente. Ambas han de tener en cuenta no sólo la acción de su oponente sino también sus reacciones, no sólo la actual estrategia del contrario sino también su probable respuesta a la estrategia propia. Si, por ejemplo, la mejor respuesta estratégica obrera ante una determinada tasa de ahorro positiva es la alta militancia, no podrán esperar que los capitalistas continúen ahorrando si ellos prosiguen con su estrategia. Los trabajadores han de tener en cuenta que la mejor respuesta de los capitalistas ante un alto nivel de militancia es desinvertir.

Un par de estrategias (r, s) es una solución al juego si ninguna de las dos clases pueden mejorar con una estrategia alternativa dada la respuesta anticipada de su oponente. De aquí que la solución sea un par (r, s) que, una vez decidida se mantendrá estable durante el tiempo en que las condiciones continúen siendo las mismas. Obsérvese que la intersección de las funciones de mejor respuesta $(r^*(s^*), s^*(r^*))$ constituye una solución. Ambas clases estarán respondiendo óptimamente

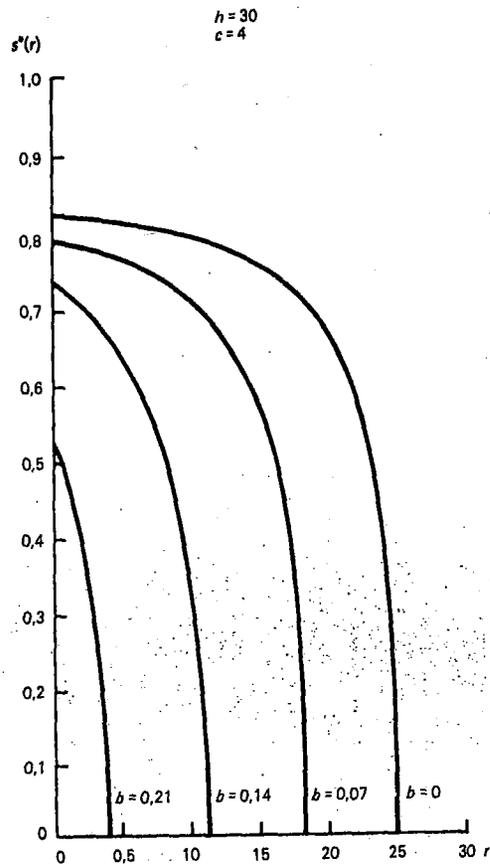


Fig. 18

a la estrategia del momento de su oponente. Es el equilibrio Nash. En el modelo esta solución se da sólo cuando se rompe el acuerdo⁵. La mejor respuesta de los capitalistas a los altos niveles de militancia es desinvertir, y la de los trabajadores es ser altamente militantes.

Supongamos, no obstante, que los trabajadores anticiparan que los capitalistas fueran a responder a cualquier r con su mejor respuesta estratégica $s^*(r)$. En ese caso el problema a que se enfrentarían los trabajadores sería elegir el nivel de militancia que optimice la función $W^*(r, s^*(r))$, es decir, un nivel que optimice el bienestar de los traba-

⁵ Hay una excepción. En el caso límite en que $a = b = 0$, hay otro equilibrio Nash en un punto de compromiso.

ajadores dado que los capitalistas responderán con $s^*(r)$ a cualquier r que escojan los trabajadores. Supongamos que ese valor optimizante de r sea r^{**} . El par $(r^{**}, s^*(r^{**}))$ también es una solución al juego. El nivel de militancia r^{**} es la elección óptima de los trabajadores dada la respuesta anticipada de los capitalistas y $s^*(r^{**})$ es por definición la respuesta óptima de los capitalistas a la estrategia r^{**} de los obreros. Esta es la solución de Stackelberg (1952) con los trabajadores de jugador dominante. Obsérvese que r^{**} no está necesariamente en el conjunto de estrategias de mejor respuesta de los trabajadores, $r^*(s)$. La función $r^*(s)$ está definida como el máximo respecto de r de la función $W^*(r, s)$, con todos los valores de s constantes, mientras que el número r^{**} está definido para que sea el máximo con respecto a r de la función $W^*(r, s^*(r))$, en que $s = s^*(r)$ es función de r .

Supongamos ahora que son los capitalistas los que anticipan que los trabajadores van a adoptar la mejor respuesta estratégica $r^*(s)$ a cualquier tasa de ahorro, s , que elijan los capitalistas. Los capitalistas tratarán de optimizar $C^*(s, r^*(s))$. Pongamos que el valor optimizante de s es s^{**} . El par de estrategias $(r^*(s^{**}), s^{**})$ es otra solución del juego. Dada su anticipación de la respuesta obrera, los capitalistas habrán escogido su mejor estrategia, y los trabajadores estarán respondiendo óptimamente a la elección de los capitalistas. Esta es la solución Stackelberg con los capitalistas como jugador dominante. De nuevo, s^{**} no tiene por qué estar en el conjunto de mejores respuestas estratégicas capitalistas. La función $s^*(r)$ es la mejor respuesta de los capitalistas al nivel de militancia obrera del momento. El número de s^{**} es la elección óptima de los capitalistas dado que los trabajadores habrán de responder a cualquier s con su mejor respuesta, $r^*(s)$.

El equilibrio Nash, que representa la ausencia de convenio, siempre es posible. Lo que falta por investigar son las condiciones de la existencia de convenio, las soluciones Stackelberg. Si el horizonte es demasiado pequeño, $b < 12$, no habrá soluciones de acuerdo. Para cualquier $b > 12$, sin embargo, la existencia de soluciones de compromiso depende totalmente de las relaciones entre las tasas de descuento a y b y de la productividad del capital, $1/c$. En lo que viene a continuación damos por hecho que $b > 12$. (En los ejemplos numéricos $b = 30$.) Hay cuatro casos que habremos de considerar:

$$a > 1/c, b > 1/c \quad (1)$$

Tanto los trabajadores como los capitalistas se enfrentan a un alto grado de incertidumbre acerca de si se mantendrá o no cualquier compromiso cualquiera. La situación de Francia en 1936 puede ser prototípica. Antes de 1936, pocos trabajadores estaban organizados, apenas existía una tradición de negociación colectiva, había varios sindicatos y

partidos en competencia que se disputaban el apoyo obrero, y el propio acuerdo de Matignon se firmó bajo la presión de ocupaciones espontáneas de fábricas. De aquí que ni los trabajadores ni los capitalistas podían tener ninguna esperanza de que el acuerdo durara y, efectivamente, seis semanas después de su firma ambas partes empezaron a echarlo abajo: los capitalistas dejando de cumplir las condiciones salariales (especialmente las relativas a salarios mínimos y vacaciones pagadas), y subiendo los precios, y los trabajadores haciendo huelgas y volviendo a ocupar las fábricas.

En estas circunstancias los trabajadores consideraron mejor ser altamente militantes a pesar de la tasa de ahorro elegida por los capitalistas, mientras que los capitalistas eligieron desinvertir a pesar de la militancia obrera. Imposible llegar a un acuerdo. Las tres soluciones se reducen a una, el equilibrio Nash, en que $r^*(s) > 1 + s/c$ y $s^*(r) < 0$.

$$a > 1/c, b < 1/c. \tag{2}$$

Los trabajadores son los que mayor riesgo tienen, mientras que los capitalistas están bastante seguros de obtener los beneficios estipulados en cualquier acuerdo. Esto es lo que ocurre cuando el grado de sindicación es bajo o hay varios sindicatos en competencia, las relaciones mano de obra-capital están débilmente institucionalizadas y los trabajadores tienen poca influencia sobre el Estado. Los Estados Unidos de hoy podrían servir de ejemplo prototípico.

Cuando $b < 1/c$, la mejor respuesta estratégica para los capitalistas es invertir con un rédito positivo siempre y cuando los obreros no sean demasiado militantes: $s^*(r) < 0$ si $r < (1/c - b)$. La mejor respuesta estratégica para los trabajadores, sin embargo, es aumentar la militancia sin tener en cuenta la tasa de ahorro, puesto que $a > 1/c$. Una posibilidad es que éstos sigan esta estrategia y que los capitalistas respondan con la desinversión, escena que acaba sin acuerdo. Pero hay otra solución alternativa que también es posible. Supongamos que los trabajadores comienzan su proceso de toma de decisión considerando un valor no-militante de r , pongamos $r = r_0$. (Consúltese la Figura 19 mientras se sigue esta argumentación.) Si los obreros eligen r_0 , los capitalistas elegirán $s_0 = s^*(r_0)$. Dado que la mejor respuesta para los trabajadores para cualquier s es incrementar la militancia, estudiarán la posibilidad de pasar a un nuevo nivel $r = r_1$. A su vez, los capitalistas responderán a este aumento de militancia bajando la tasa de inversión a $s_1 = s^*(r_1)$. El efecto del ajuste de los capitalistas será bajar a los trabajadores a una función $W^*(r, s_1)$ inferior a $W^*(r, s_0)$. Si, no obstante, r_1 es sólo levemente más alta que r_0 , los capitalistas responderán (véase Figura 18) con una pequeña reducción de su tasa de inversión, y los trabajadores se encontrarán con que están mejor en este nuevo punto $(r_1, s^*(r_1))$ que

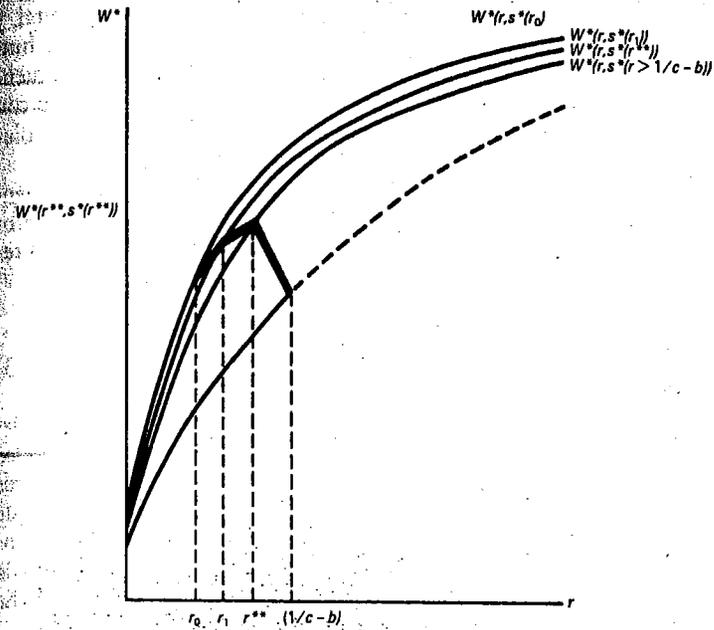


Fig. 19

antes. Dado que la mejor respuesta de los trabajadores a s_1 es también el máximo de militancia, éstos considerarán volver a elevar su militancia de $r = r^{**}$. Los capitalistas rebajarán su tasa de inversión a $s = s^*(r^{**})$, pero los trabajadores seguirán estando mejor en $(r^{**}, s^*(r^{**}))$ que en cualquier otro nivel menor de r . Ahora bien, cuando los trabajadores consideran aumentar su militancia por encima del nivel $r = r^{**}$, descubrirán que la mejor respuesta de los capitalistas es bajar fuertemente la tasa de inversión, de manera que los trabajadores estarán peor en cualquier r levemente superior a r^{**} de lo que estarían en r^{**} . Aunque la mejor respuesta obrera a cualquier tasa de ahorro, incluida $s^*(r^{**})$, es la máxima militancia, la amenaza de desinversión de los capitalistas es efectiva en la región en que r es algo mayor que r^{**} . De hecho, los trabajadores descubrirán que si continúan subiendo gradualmente r por encima de r^{**} , se encontrarán cada vez peor conforme $W^*(r, s^*(r))$ continúa decreciendo ante los mayores niveles de militancia. La amenaza de desinversión no se hará efectiva, sin embargo, en todo el espectro $r > r^{**}$. Cuando r alcanza el valor $r = 1/c - b$, los capitalistas estarán desinvirtiendo lo más posible y la amenaza habrá terminado. Si los trabajadores eligen un $r > 1/c - b$, el compromiso

se romperá, los trabajadores buscarán la nacionalización del capital, y los capitalistas desinvertir. La Figura 20 presenta un gráfico de la función $W^*(r, s^*(r))$, que es el orden de elecciones ante el que se encuentran los trabajadores cuando los capitalistas responden de acuerdo con su mejor respuesta. Hay un máximo en r^{**} que constituye una solución de compromiso y un mínimo en $1/c - b$.

¿Será la solución el compromiso ($r^{**}, s^*(r^{**})$)? Desafortunadamente no podemos dar una respuesta sin nuevas suposiciones. El compromiso será la solución si los trabajadores tienen buenas razones para temer las consecuencias políticas de la ruptura del compromiso, tema al que volveremos más adelante.

$$a < 1/c, b > 1/c. \quad (3)$$

Los trabajadores están relativamente seguros de obtener los salarios determinados en un convenio mientras que los capitalistas son los que cargan con la inseguridad. Este sería el caso en que los trabajadores estuvieran organizados monopolísticamente, las relaciones mano de obra-capital estuvieran institucionalizadas, y los trabajadores representados por partidos que ejercieran influencia electoral. La República de Weimar entre 1924 y 1928, Italia entre 1969 y 1976, y Gran Bretaña en varios períodos después de 1951 serían buenos ejemplos.

Cuando $a < 1/c$, la mejor respuesta estratégica de los trabajadores es una militancia baja o moderada siempre que los capitalistas inviertan en un porcentaje suficiente: $r^*(s) < (1 + s/c)$ si $s > ac$. La mejor respuesta estratégica de los capitalistas, en cambio, es desinvertir sin tener en cuenta el nivel de militancia. Pero éstos pueden tener en cuenta la respuesta obrera. La Figura 21 ilustra la función $C^*(s, r^*(s))$, la consecuencia anticipada de la elección de cada nivel positivo de ahorro dado que los trabajadores responden de acuerdo con su mejor respuesta. La elección de los capitalistas está entre $s^* < 0$, es decir, la desinversión, que supone la ruptura del compromiso (que no aparece), y el mejor acuerdo que pueden lograr, s^{**} . Si la ruptura del acuerdo es suficientemente peligrosa en lo político, la solución ($r^*(s^{**}), s^{**}$) será la elegida. Dado s^{**} , los trabajadores alcanzan un máximo global (bajo el capitalismo) en $r^*(s^{**})$, y este valor representa una estrategia de compromiso dado $s^{**} > ac$. Y los capitalistas lo que consiguen es s^{**} , el máximo que pueden lograr en cualquier acuerdo.

$$a < 1/c, b < 1/c. \quad (4)$$

Tanto los capitalistas como los trabajadores están bastante seguros de obtener lo pactado en un determinado convenio. Hay un alto grado de monopolio bilateral; las relaciones mano de obra-capital están alta-

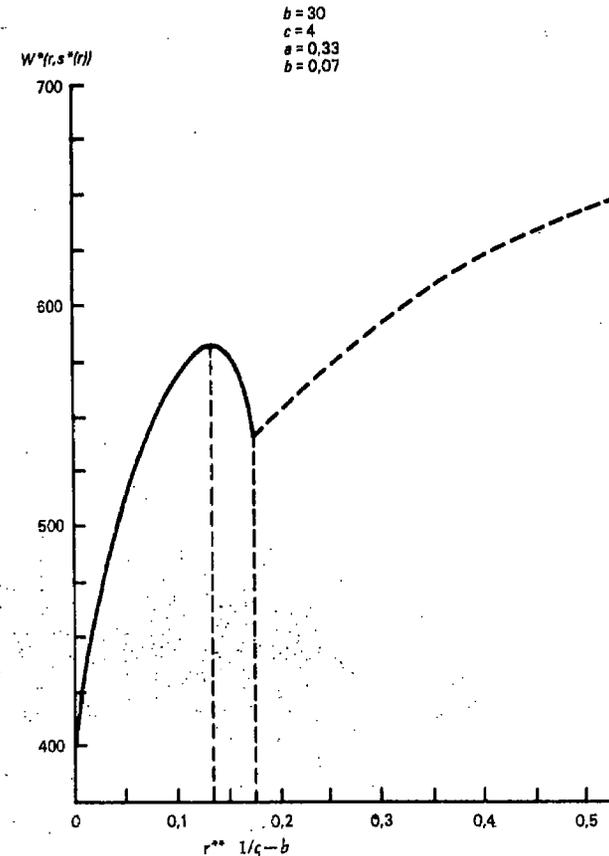


Fig. 20

mente institucionalizadas; la economía está bien situada en el sistema internacional; Suecia después de 1936 y antes de mediados de la década de 1970 sería prototípica. En Suecia los convenios colectivos empezaron a firmarse con el paso del siglo anterior a éste, y para 1905 una parte importante de la mano de obra estaba cubierta por ellos. Estos acuerdos se hicieron ligando una serie de decisiones de la Corte Suprema, que primero obligaban a acuerdos a los capitalistas, y posteriormente convenios colectivos en 1916. En 1920, se establecieron las magistraturas de trabajo y en 1926 los partidos podían ser demandados ante estos tribunales si los convenios eran injustos. En 1938 se centra-

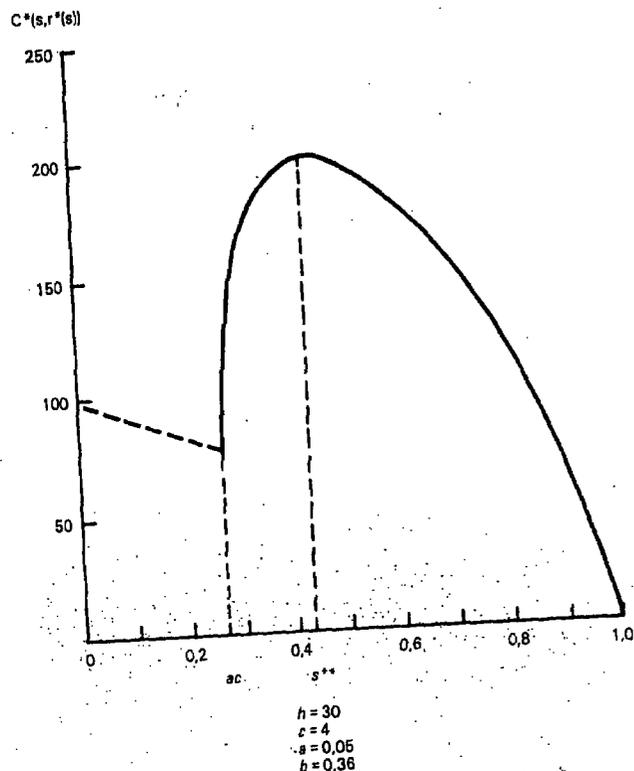


Fig. 21

lizó un sistema de negociación colectiva a escala nacional, sistema que continúa con algunas modificaciones hasta el momento actual.

En este caso, ni que los trabajadores adopten su mejor respuesta estratégica ni que los capitalistas adopten la suya, llevará necesariamente a un conflicto. Ambas soluciones $(r^{**}, s(r^{**}))$, en que el compromiso está forzado por la amenaza de desinversión, y $(r(s^{**}), s^{**})$, en que está forzado por la amenaza de la militancia— son factibles. Ambas clases preferirán que su oponente se aleje de su mejor respuesta estratégica. Los trabajadores saldrán mejor parados amenazando a los capitalistas con la militancia para lograr la solución $(r(s^{**}), s^{**})$ mientras que los capitalistas saldrán mejor amenazando con la solución $(r^{**}, s(r^{**}))$. La clase que se ve obligada a partir de su mejor respuesta estratégica acaba pagando el costo del compromiso. Si las dos solu-

ciones de compromiso son superiores para ambos jugadores hasta el punto que ambos siguieran obstinadamente cada cual con su estrategia, trabajadores y capitalistas se encontrarían frente a un problema de coordinación (Schelling, 1960). No voy a continuar con este tema.

Para resumir, cuando ambas clases están altamente inseguras de que se vaya a mantener el compromiso no podrá llegarse a ningún acuerdo. Los trabajadores se harán muy militantes, sea cual sea la tasa de ahorro, y los capitalistas intentarán desinvertir sin tener en cuenta la militancia.

Cuando los trabajadores están altamente inseguros y los capitalistas bastante seguros, se podrá llegar a establecer un acuerdo en un punto en que los trabajadores no sigan incrementando su militancia por miedo a la amenaza de desinversión de los capitalistas, y éstos mantengan su tasa de inversión óptima como positiva.

Cuando los trabajadores están relativamente seguros y los capitalistas corren con un alto riesgo, puede llegarse al acuerdo en un punto en que los capitalistas se ven obligados a ahorrar por la amenaza de la militancia y el nivel óptimo de militancia no es alto.

Cuando trabajadores y capitalistas se enfrentan a una incertidumbre moderada, son factibles tanto el compromiso bajo la amenaza de desinversión capitalista y otro bajo la amenaza de militancia obrera. Ambos pueden firmarse.

MÁS ALLÁ DEL CAPITALISMO

¿Qué alternativa hay al compromiso de clase? Nos hemos referido a la ruptura del compromiso sin especificar qué puede ocurrir en su lugar. Evidentemente, nuestros resultados acerca de las condiciones del compromiso de clase son insatisfactorios puesto que no llegan a una conclusión. La decisión de firmar el acuerdo depende, en última instancia, de la comparación del mejor acuerdo obtenible con las consecuencias de no llegar a ninguno. La cuestión del equilibrio del poder político pasa a ser primordial, el resultado altamente inseguro. Creo que cualquier análisis basado en cálculos racionales de esperados beneficios tiene un valor limitado en momentos de crisis. Los conflictos están inherentemente cargados de inseguridad, y esta inseguridad es difícil de valorar, no sólo para nosotros sino también para los protagonistas de nuestra historia. No obstante trataré de elucidar lo que puede ocurrir si se considera la transición al socialismo como alternativa tanto al compromiso como a la militancia económica dentro del capitalismo.

Aclaremos primero los resultados que puede tener la ausencia de compromiso. Genéricamente son tres:

- 1) Los trabajadores tienen poder político suficiente para nacionali-

zar los medios de producción y organizar la acumulación sobre nuevas bases. Son abolidos los beneficios como categoría económica y legal, con ellos el capitalismo.

2) Los capitalistas tienen poder político suficiente para imponer una solución no democrática. Las recientes experiencias de Brasil, Chile, o Argentina demuestran que en tales regímenes los beneficios crecen a la vez que los salarios bajan dramáticamente. Típico de estos regímenes autoritarios son la privación económica de las clases trabajadoras y la extendida represión física.

3) Los capitalistas no tienen poder suficiente para imponer una solución autoritaria ni los obreros para imponer el socialismo. En este caso el sistema democrático sigue su curso sin compromiso pero en una difícil situación de empate, una crisis «catastrófica» prolongada que describe Gramsci (1971: 210 y sigs.) con referencia específica al gobierno MacDonald en Gran Bretaña. Ésta fue quizás la situación en varios países europeos tras las derrotas de las huelgas generales de origen económico: Suecia en 1909, Noruega en 1921, Francia en 1920, Gran Bretaña en 1926. Estas situaciones se caracterizan por una alta intensidad huelguística y una considerable represión; son un tira y afloja; salarios y beneficios oscilan fuertemente.

No voy a investigar estas alternativas sino tan sólo especificar la estructura de lo que implica la elección del socialismo como alternativa. ¿Cómo elegirían los trabajadores una estrategia de transición hacia el socialismo?

Observemos primero que los trabajadores se pueden embarcar en la estrategia de la socialización en dos situaciones diferentes. La primera ya la hemos descrito: el compromiso es imposible, los trabajadores exigen en lo económico, provocan una crisis política, y en esa crisis las únicas alternativas pueden ser o el socialismo o el capitalismo autoritario. Este caso, en que la transición al socialismo se hace desde una crisis económica bajo el capitalismo, es la que los marxistas llaman característicamente la vía al socialismo; y conduce a la *politique du pire*: en esta tesitura cuanto peor sea la situación económica bajo el capitalismo, más probable el socialismo. Estoy convencido que esta estrategia de amantamiento de la crisis es irresponsable e infactible. Como Varga avisaba en 1927:

«Si la clase trabajadora crea unas condiciones en las que los beneficios capitalistas son imposibles pero al mismo tiempo no se derrota políticamente a la burguesía y no se establece la doctrina del proletariado, la burguesía, por medio de un terror implacable, aplastará a la clase obrera para mantener el orden económico del sistema capitalista y hacer posible la explotación de la mano de obra» (Pirker, 1965: 133-4; trad. por David Abraham).

No obstante, los trabajadores pueden ver el socialismo como una

alternativa atractiva en las mismas condiciones en que pueden llegar a un compromiso atractivo bajo el capitalismo. Si los obreros tienen poder político suficiente para forzar acuerdos bajo el capitalismo, ¿no podrían utilizar ese poder para transformar la sociedad al socialismo? Si el socialismo es preferible bajo las mismas condiciones en que los trabajadores pueden llegar a un compromiso bajo el capitalismo, jamás llegarán a ese compromiso si actúan en buena lógica. De aquí que las condiciones del compromiso capitalista hayan de incluir siempre la superioridad de ese compromiso a la alternativa socialista.

Especulemos ahora con la siguiente posibilidad: supongamos que en un momento $t = 0$ los obreros deciden nacionalizar todo el capital. En un momento posterior $t = T$ se aprueba la ley de nacionalización y se socializa todo el capital. Durante el siguiente período, de $t = T$ a $t = h$, la institución de los beneficios ha dejado de existir y las decisiones relativas a la inversión las hace toda la sociedad por medio de algún tipo de mecanismo de voto razonable.

Durante el período $0 < t < T$, es decir, hasta que la socialización, sea completa, la propiedad privada del capital seguirá intacta. Enfrentados a una inminente nacionalización, los capitalistas desinvertirán lo más rápidamente posible. No se puede evitar que desinvirtan y no se les puede tomar por sorpresa: incluso Lange (1964), el principal defensor de la estrategia de la nacionalización «en una jugada», admite que habrá alguna desinversión antes de la nacionalización del total del capital. Supongamos que $S^*(T)$ es el valor actual de los salarios descontados entre $t = 0$ y $t = T$ cuando los trabajadores siguen la estrategia de la socialización y los capitalistas responden desinvirtiendo. Es probable que $S^*(T)$ no sea lo máximo que los trabajadores pudieran obtener entre $t = 0$ y $t = T$. Si $W^*(T)$ es lo más que podían conseguir bajo el capitalismo, la diferencia entre estas dos cantidades será el costo de la estrategia de la transición durante este período.

En $t = T$ el stock de capital se nacionaliza totalmente y de aquí en adelante la economía funciona de la siguiente manera: todo el conjunto de la sociedad determinará la tasa óptima de ahorro sobre el total de la producción, s_w , y el volumen de la inversión lo dio $\Delta K(t) = s_w Y(t)$ ⁶. Supongamos que q es el riesgo inherente a toda inversión en una sociedad socialista. Entonces el problema que hemos de resolver será el siguiente:

$$\max_{s_w} S^* = (1 - s_w)Y(T) \sum_{t=T}^{t=h} (1+q)^{-(t-T)} (1 + s_w/c)^{(t-T)}$$

⁶ Espero que el lector no confunda este modelo de socialismo con una descripción de la Unión Soviética u otros países de la Europa del Este. En esos países las decisiones de inversión surgen de un juego entre los planificadores centrales y los empresarios, con un conocido efecto consistente en que invierten por encima de la preferencia de la población.

Supongamos que la tasa de ahorro que resuelve el problema es s^* , y el resultante bienestar de los trabajadores bajo el socialismo es $S^*(b - T)$.

El valor total del socialismo para los trabajadores que toman esa decisión estratégica en $t = 0$ dependerá también, sin embargo, del riesgo de que la transición al socialismo sea abortada o subvertida por la presión de las fuerzas armadas, los gobiernos extranjeros, las compañías extranjeras o incluso los propios obreros, en caso de que rechazaran los costos que tendrían que aguantar durante el período $0 < t < T$. (Véase Kolm, 1977, para algunas de estas consideraciones.) Aun cuando la ley de nacionalización fuera aprobada por un parlamento siguiendo todos los requisitos constitucionales, los capitalistas tendrían numerosas maneras de contraratar. Si la probabilidad de que la transición socialista llegue a un final feliz es $(1 - f)$ y la probabilidad de que el resultado final sea una dictadura es f , podemos decir que $kS^*(b - T)$, $k < 1$, es el valor esperado del intento revolucionario, donde $kS^*(b - T) = (1 - f)S^*(b - T) + f$ (bienestar material bajo la dictadura capitalista). Obsérvese que k es probable que sea más cercana a la unidad cuanto mayor sea la parte de capital que ya es propiedad pública y mayor sea la fuerza electoral de los partidos socialistas.

El valor total de la prosecución de la estrategia de transición al socialismo para los trabajadores en $t = 0$ podemos decir que es $S^* = S^*(T) + kS^*(b - T)$, donde $S^*(T)$ y $S^*(b - T)$ están dados más arriba. Obsérvese, repetimos, que éste es el valor actual de la transición socialista para los trabajadores en el momento $t = 0$ en que deciden si han de embarcarse o no en ese camino. De aquí que este valor haya que compararlo con $W^*(r, s)$, lo más que los trabajadores podrían conseguir en una democracia capitalista, donde (r, s) representa o un compromiso o una situación de tira y afloja.

No continuaré con esto, principalmente porque creo que este cálculo implica demasiados imponderables para poderlo tomar en serio en la práctica. Quería aclarar la naturaleza de esta decisión, pero no pretendo que ésta sea una descripción de cómo se toma en realidad la decisión de adentrarse o no adentrarse por la vía del socialismo.

CONFLICTO DE CLASE Y ESTADO

Supongamos por un momento, como hizo Marx, que el conflicto por los intereses materiales fuera imposible de solucionar y que la lucha de los trabajadores por mejorar su situación material les llevara inevitablemente a la comprensión de que tales intereses sólo pueden mejorar si y sólo si se aboliera totalmente la institución de los beneficios. Dada esta suposición, la reproducción de las relaciones capitalistas se

hace problemática. Incluso en el caso de que todas las condiciones para la ampliación de la reproducción del capital se dieran «por sí mismas», «por la mera repetición de actos aislados de producción» (Marx, 1967, I:577-8), la supervivencia de las relaciones capitalistas dejaría de estar garantizada en el momento en que los trabajadores se organizaran colectivamente para abolirlas. Tendremos que buscar más allá del sistema de producción los mecanismos por los que se mantiene el capitalismo. De aquí que de este modelo de conflicto de clase siga necesariamente una descripción funcionalista de la reproducción capitalista. Pues, si el conflicto insalvable por la realización de los intereses materiales es característico de toda sociedad característica y si el capitalismo ha venido soportando este conflicto durante por lo menos cien años, habrá que encontrar algún mecanismo exterior a las relaciones de clase que explique tanta durabilidad. Cuandoquiera que el conflicto de clase genera una amenaza para la reproducción de las relaciones capitalistas aparece algún mecanismo, frecuentemente se piensa que el Estado, en su rescate, reprimiendo, organizando la dominación ideológica o cooptando.

El gradual rechazo de las teorías instrumentalistas del Estado (Miliband, 1970) y su sustitución por un modelo en que éste aparece como relativamente autónomo de las relaciones de clase no alteró esta lógica funcional. Según la versión instrumentalista, el Estado actuaba predeciblemente en defensa de los intereses de los capitalistas o similares. Según la versión estructuralista, el Estado aparece como autónomo de los intereses particularistas de los capitalistas y basado en el apoyo popular (Poulantzas, 1973). Pero, sin embargo, este Estado se las arregla para reprimir, organizar la dominación ideológica e intervenir cuándo y dónde es necesario de formas diseñadas de antemano y que dan por resultado el mantenimiento del capitalismo cuandoquiera que surge el conflicto. Tanto las teorías instrumentalistas del Estado como las que lo suponen autónomo son funcionalistas, y aunque la instrumentalista está reñida con los hechos, tiene por lo menos la virtud lógica de explicar por qué el Estado —la gente concreta que funciona en organizaciones concretas— hace todo lo necesario para reproducir las relaciones capitalistas.

De hecho, en última instancia, incluso el Estado como institución desaparece de este análisis funcionalista. Puesto que, se da por hecho, el Estado responde invariablemente a las exigencias funcionales de la reproducción capitalista y puesto que sus líneas políticas tienen la función de cumplir estas exigencias, podemos pasar de los requisitos a la reproducción sin preocuparnos para nada del Estado. La propia idea del Estado está basada en una reificación. El Estado está «preparado para llevar»; está cortado con anterioridad a los conflictos de clase, apareciendo totalmente ataviado cuando quiera que estos conflictos amena-

zan la reproducción de las relaciones capitalistas. El Estado es siempre dado, ya en su apariencia funcional, antes de que ocurra ningún conflicto, antes de que problema alguno pida su solución.

De hecho, la siempre presente dificultad de cualquier perspectiva funcionalista es explicar las razones por las que los conflictos entre grupos específicos en circunstancias históricas concretas siempre traerán consigo el que el Estado realice sus funciones. Es verdad que una vez que se institucionaliza la forma en que una sociedad responde al cambio de sus condiciones históricas, la mayor parte de esa respuesta es automática. En otras palabras, cada sociedad organiza los mecanismos de su reproducción como sistema. Sin embargo es igualmente evidente que la actividad de las instituciones y las propias instituciones son la solución de los conflictos. En circunstancias históricas concretas, determinados grupos entran en conflicto y la solución de tales conflictos es una determinada organización y un conjunto específico de líneas políticas del Estado. Lo que no parece claro es por qué esta política ha de ser predeciblemente la que tenga la función de reproducir las relaciones capitalistas. Evidentemente la respuesta a esta pregunta no puede ser que el Estado reproduce las relaciones capitalistas porque esa «es» su función. Esta respuesta puede ser doble: o el sistema capitalista está organizado de manera que se reproduce a pesar de todos los conflictos, y esos conflictos, incluido el de clase, adquieren la categoría de un ritual superfluo, como en Sahlins, o los resultados de los conflictos de hecho determinan la política del Estado, en cuyo caso el peso de la explicación pasa a esos conflictos y cualquier idea de función se hace redundante.

Estos problemas —una explicación poco plausible de la reproducción, la incapacidad para explicar por qué el Estado pone en práctica determinada política, o la reificación del Estado— son inherentes a cualquier perspectiva funcionalista. Nuestra pretensión, no obstante, es que esta perspectiva se hace necesaria debido a un modelo incorrecto del conflicto de clase en las sociedades democráticas capitalistas. El propio problema de la reproducción se nos presenta como funcional porque el modelo del conflicto de clase insalvable lleva a la conclusión de que el capitalismo no podría haber sobrevivido como elección de la clase trabajadora. De hecho ésta aparece en este modelo como víctima pasiva de la represión y de la dominación ideológica o, en el mejor de los casos, repetidamente traicionada por sus líderes.

Si nuestro modelo de conflicto de clase es válido, la necesidad de este tipo de construcción desaparece. La política puesta en práctica por el Estado en las sociedades capitalistas —la política diseñada para vigilar y reforzar el sistema capitalista de organización social— ha dejado de verse como función de un Estado autónomo que se encuentra ante la amenaza de una clase obrera revolucionaria. Esta política —y

el propio Estado— se nos presentan ahora como expresión de un compromiso: son un tanto instrumentales respecto de los intereses de una coalición de clase que incluye tanto a los capitalistas como a los trabajadores organizados. Cuando los obreros ponen en práctica estrategias que conducen al compromiso, el Estado hace lo que parece necesario para reproducir el capitalismo porque esto es lo que deciden tanto obreros como capitalistas. La organización del Estado como institución y la política que tal institución pone en práctica son expresión de un determinado compromiso de clase.

El compromiso de clase implica una determinada organización de las relaciones políticas, una determinada relación entre una clase y otra y de ambas con el Estado, un determinado conjunto de instituciones, y una determinada serie de líneas políticas. El Estado habrá de obligar al cumplimiento de las condiciones de un determinado compromiso y a proteger a aquellos sectores de una y otra clase que entran en el compromiso de la conducta no cooperativa de los miembros de su clase. El Estado ha de inducir a los capitalistas individuales a tomar las decisiones que exige el compromiso de clase, cambiando las condiciones elegidas que se enfrentan para conseguir los efectos requeridos en la competencia de unos capitalistas con otros. Por último, y puesto que el Estado del compromiso de clase en un Estado democrático ha de velar porque la coalición de clase que hace el compromiso gane el apoyo popular en las elecciones, lo que implica que los intereses de aquellos no incluidos en esa particular coalición también se tengan en cuenta. Todas estas indicaciones nos llevan, pues, al tipo de Estado en que pensaba Keynes cuando decía que «lo importante no es que el Estado asuma la propiedad de los instrumentos de producción. Si el Estado es capaz de determinar el aumento de los recursos que se han de destinar al incremento de esos instrumentos y la tasa básica de rédito para sus propietarios, habrá realizado todo lo necesario» (1964: 378). Lo necesario, es decir, organizar el compromiso de clase.